

En este número

En los últimos tres lustros América Latina ha experimentado un retroceso económico y social sin precedentes. Las políticas económicas de orientación liberal y los gobiernos de predominante contenido autoritario han sido, a no dudarlo, protagonistas principales en esta amarga etapa de nuestra historia: sin embargo, y en sentido contrario a lo que cabría esperar, los fracasos económicos del neoliberalismo autoritario no se han traducido en un fortalecimiento duradero de la izquierda.

Las teorías, el programa, la concepción organizativa que dan identidad a la izquierda, son hoy objeto de un cuestionamiento generalizado, que parece tenerla sumida en una perplejidad que la incapacita para capitalizar con solidez los fracasos de la derecha latinoamericana y sus aliados imperiales. Lo que fue su vigor teórico y su firmeza programática han sido sustituidos por un desconcierto cuya prolongación sería indeseable.

La persistencia de una compleja crisis financiera y productiva, la magnitud de la degradación material, social y cultural de la vida de los pueblos latinoamericanos, el debilitamiento ininterrumpido de la soberanía de nuestras naciones, y la evidencia sobrada de que estos problemas no pueden ser atacados con eficacia desde la derecha, son factores que reclaman un amplio dinamismo de las fuerzas de izquierda en la búsqueda de una redefinición de su perfil teórico, programático y organizativo.

Frente a este desafío de poco sirven —por su esterilidad final— las actitudes teóricas, interpretativas o políticas, que buscan reafirmar acríticamente y de manera absoluta concepciones ampliamente desbordadas por nuestra realidad, pero son de inutilidad equivalente las revisiones implícitas o vergonzantes que, escudadas en "realismos" y "posibilismos" de diverso tipo, sólo esconden la capitulación inconfesada frente a retos ciertamente formidables que hoy por hoy encara la izquierda en nuestro continente.

La discusión, pues, debe desplegarse, y debe hacerlo con franqueza y tolerancia, pero sobre todo con seriedad.

En esa dirección y con el ánimo de dar curso a una línea de promoción del debate desde el espacio que significa *Cuadernos Políticos*, publicamos en este número cuatro materiales que conciernen al programa económico y social de la izquierda latinoamericana y mexicana. Sus autores son calificados y comprometidos analistas de nuestra realidad.

Pedro Vuskovic, que fuera ministro de economía en el gobierno de Salvador Allende, y que a través de su actividad profesional ejerce una importante influencia en todo el subcontinente, nos ha concedido una entrevista en la que hace un recuento de su propia experiencia y analiza, desde un ángulo programático, los problemas que integran la agenda económica que hoy encaran nuestros países.

Ugo Pipitone, economista italiano que actualmente se desempeña como investigador del Centro de Investigación y Docencia A. C., que desde hace casi dos décadas trabaja en diversos países latinoamericanos, nos entrega una sugerente reflexión propositiva sobre un tema crucial: la intervención económica del Estado para redistribuir el ingreso, reorientar la industria y generar empleos.

Ronald Clarke, economista mexicano formado en Inglaterra, formula un planteamiento que cuestiona en positivo el difundido mito de la imposibilidad económica de lograr que una recuperación del crecimiento sea compatible con la estabilidad y la elevación del ingreso de la

mayoría, es decir, niega que para crecer sea indispensable sacrificar la estabilidad o los salarios; lo hace proponiendo las líneas centrales de un programa para la economía mexicana de hoy.

Cristina Laurell, profesora de la Universidad Autónoma Metropolitana, con una amplia trayectoria profesional en el campo de la salud pública latinoamericana, nos entrega un informado análisis del estado que ésta guarda en el México de hoy, para de ahí pasar a elaborar una propuesta cuyo rasgo distintivo es la preocupación por su viabilidad, es decir, un planteamiento que va más allá de lo testimonial y lo declarativo, asumiendo con seriedad las consecuencias programáticas de colocar a la salud de las mayorías como un objetivo nacional prioritario.

—El Consejo Editorial

Hace apenas veintiséis años Hannah Arendt podía escribir que la guerra y la revolución constituían dos temas políticos principales. Pero las cosas han cambiado y hoy muchos pondrían en duda esa afirmación. En los ochenta, desplazando del horizonte de la teoría política otras cuestiones incluso igual de pertinentes, el tema de la democracia pasó a ocupar un lugar preponderante. El interés sobre el fenómeno de la guerra decayó en el ámbito de las ciencias sociales, aunque las confrontaciones armadas no han cesado de estallar. Y no le cupo mejor destino al fenómeno revolucionario. Es cierto que algunas corrientes de pensamiento europeas más difundidas aún se ocupan de la revolución, pero —desde un peculiar talante tocquevilleano— sólo lo hacen para demostrar su inutilidad en cuanto vía para alcanzar cambios que por encontrarse inscritos en las tendencias de la historia de todos modos se darán; o con afán disuasorio, argumentando que el destino ineluctable de toda revolución es el Terror y el sofocamiento de la libertad. A ese resultado contribuyeron sustancialmente, no cabe duda, la historia y la inmensa crisis de los países del socialismo real y la quiebra de los paradigmas de revolución vigentes hasta los años setenta.

Con todo ello se demeritaron, además, ciertas adquisiciones teóricas casi de patrimonio común, como aquella que establecía la vinculación —originaria para la modernidad— entre revolución y democracia. Y quizás ya no hay lugar para tomar en cuenta que el objetivo de la revolución fue y siempre ha sido la libertad, según el agudo recordatorio que formulara la misma Arendt. Al desacreditar la *idea* de la revolución, los teóricos a los que arriba aludo pretenden persuadirnos de lo execrable del propio *hecho* revolucionario. Pero sin comprender ese fenómeno socio-histórico, característico del mundo moderno, es imposible entender la realidad política del siglo XX. Se abomina del pasado y el porvenir ha perdido capacidad de irradiación sobre el presente. ¿Acaso —como algún autor ha insinuado— la historia misma ha cesado de fluir? ¿Sólo podemos aspirar —según las proposiciones en boga— a una política de *correcciones*? Conviene recordar que ya en 1925 —en una época que él llamó desilusionada— José Ortega y Gasset anunció el ocaso de las revoluciones debido al fenecimiento del espíritu revolucionario, aunque luego su diagnóstico fuera desmentido por los hechos. Pero prevalece sin duda el conformismo. Y en la atmósfera enrarecida de este final de siglo sólo alcanza a florecer, parece, un redivivo liberalismo hoy otra vez predominante.

La implacable ofensiva del neoliberalismo en la esfera de la economía —que en nuestros países significa llanamente más hambre, miseria y sufrimiento social—, se ve acompañada por una reflexión sobre la democracia que en sus versiones cada vez más dominantes se desenvuelve en un plano de gran autonomía respecto de lo real. Su procedimiento consiste en desvincular lo político del orden social. Consigue así esfumar las condiciones efectivas de éste —la relación capital-trabajo, la división de clases, la explotación...— disolviéndolas en el nebuloso mundo de la igualdad ante la ley. Pero también su discurso político exhibe la vacuidad de lo puramente abstracto. Por lo general bajo la forma de una especulación de

carácter normativo —que no puede sino apelar a Kant—, esas teorías de la democracia expulsan de sí la empiria —la realidad—, relegándola al limbo de lo inservible y estorboso.

Pertenece a la categoría de esas especulaciones, a mi entender, el artículo de Jurgen Habermas que publicamos en esta entrega de *Cuadernos Políticos*.

—Rubén Jiménez Ricárdez